Entonces, desde la cocina, llegó un pequeño ruido.

Simbad se volvió muy despacio. "Nura... ¿tu olla está respirando?"

"Esta vez sí es la cena."

Nura levantó la tapa. El olor llenó la cubierta. Simbad le acercó su plato y se sentó junto a ella.

Las velas estaban recogidas. El barco descansaba. Y, por fin, nadie tenía que sujetar la olla.

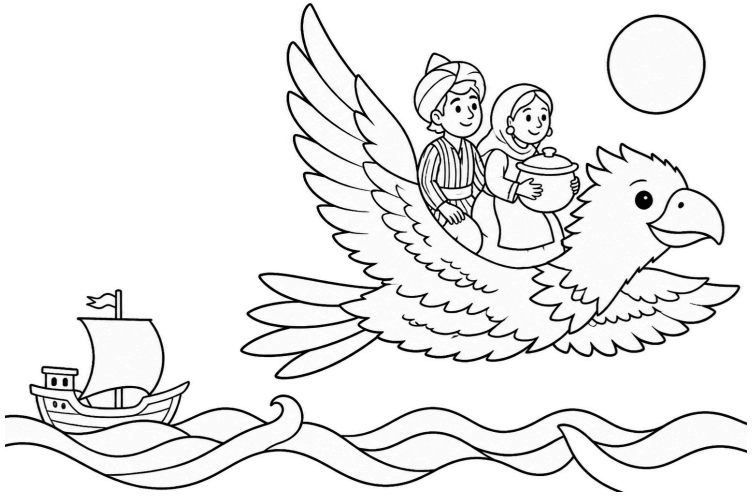
Y aquí termina Simbad y la isla que respiraba.



Simbad y la isla que respiraba

Parte 2

Colorea tu cuento



Este libro es de:

Escucha el cuento

y sigue la historia.

Una sombra pasó sobre ellos. Muy arriba volaba un ave inmensa. Sus alas parecían dos velas extendidas.

Simbad recordó las historias que había oído en el puerto. "¡Un ave ruj! ¡Las aves gigantes de las que te hablé!"

"Simbad... si te acuerdas de alguna otra historia, me la cuentas despacito."

El ave desapareció detrás de la ladera. El huevo estaba apoyado en un nido de ramas gruesas, justo encima de una pendiente corta.



Su manga rozó una taza vacía. La taza rodó hacia el borde de la mesa. Nura la atrapó justo a tiempo. "¡Cuidado con esas alas! ¡Casi tiras la taza!"

Simbad bajó los brazos. Miró la taza en la mano de Nura y sonrió. "Mejor cuento la historia sentado."

Salma bajó al muelle para recibir a las familias. Simbad llevó los platos a la mesa y Nura entró en la cocina a preparar algo caliente para compartir.



Simbad reconoció a su familia entre quienes saludaban. Se apoyó en la barandilla y levantó los dos brazos. "¡Tenemos una historia!"

"¡Tenemos varias! ¡Una de ellas cabe dentro de un huevo!"

Antes de bajar a tierra, Simbad quiso mostrarle a Salma cómo volaba el ave ruj. Se subió a un pequeño escalón de la cubierta y estiró los brazos. "Tenía unas alas así... No. Más grandes. Muchísimo más..."



Más allá del nido, el sendero seguía hacia una parte alta de la isla. Simbad agarró la olla. "Por allí podremos ver el barco."

Dieron unos pasos. Una racha de viento sacudió los árboles.

"Espera."

Una rama del borde del nido se había soltado. El huevo se inclinó apenas un poquito. Después otro poquito.

Simbad miró hacia el mar. Por un momento le pareció ver algo blanco detrás de las rocas. "Tal vez sea la vela..."



Se volvió. Nura ya estaba dejando la bolsa de los panes junto al nido.

"¿Qué haces?"

"¡Hay un pollito ahí dentro! Si empieza a rodar cuesta abajo, ¡no lo alcanzamos!"

Simbad volvió a mirar hacia lo que parecía una vela. Después volvió junto a Nura y dejó la olla en el suelo. "Primero sujetamos el huevo. Mira, esa piedra podría servir."

Rodaron una piedra hasta el hueco que había dejado la rama. Era lisa y redonda. Encajó debajo del huevo... y empezó a girar.

El huevo avanzó un poquito más.

"¡Simbad! ¡Le pusimos una rueda!"

"¡Y no necesita ir más deprisa!"

"Para acordarme de que hay cocinas con mejores vistas."

Simbad se sentó con Salma mientras Nura les acercaba el pan.

"Oíamos tu campana. Sabíamos que nos estabas buscando."

"No iba a volver sin ustedes."

Simbad le puso la mano en el hombro. Se quedaron juntos, mirando cómo la isla se alejaba.

Navegaron de regreso. La neblina quedó atrás. Al atardecer volvieron a ver el puerto: las casas, los barcos y la gente que los esperaba en el muelle.



A bordo los esperaban agua fresca y una manta seca. Simbad y Nura empezaron a contar su aventura al mismo tiempo.

"¡La isla levantó...!"

"¡Y las alas eran...!"

"De uno en uno. Yo me quedé en la parte en que mi isla empezó a nadar."

Nura repartió los panes. Uno tenía una pluma pegada. Se la quitó con cuidado y la guardó junto a la ventana de la cocina.

"¿De recuerdo?"



Simbad sacó la piedra redonda. Nura encontró otra ancha y plana, pero tenía un borde áspero. "Esta no rueda. Pero no quiero que raye la cáscara."

Vació la bolsa de los panes y envolvió con ella la piedra. Simbad sujetó una rama del nido mientras Nura metía la piedra acolchada debajo del huevo.

La cáscara se apoyó en la tela.

Nada giró. Nada resbaló.

"Quieto... quieto..."

El huevo se quedó quieto.



"Ahí. Tú quédate dentro."

"Cuando salgas, ¡no te sientes en nuestra olla!"

Las alas enormes regresaron. El ave bajó junto al nido. Sus patas se apoyaron en el suelo a pocos pasos de los dos amigos.

Simbad y Nura retrocedieron para dejarle espacio.

El ave inclinó la cabeza. Miró el huevo. Miró la rama caída. Después acercó el pico a la piedra envuelta en tela.



"¡Di dos vueltas a la isla buscándolos!"

"Nosotros solo una. Pero por arriba."

El ave abrió las alas. El viento les levantó el cabello, y los tres tuvieron que sujetarse los sombreros.

"¡Buen viaje de vuelta al nido!"

La vieron subir por encima de las rocas hasta hacerse pequeña sobre el mar. Después cargaron la olla en el bote y remaron hacia su barco.



"¡Gracias! ¡Pero el peinado ya venía así!"

El bote de Salma ya se acercaba. Los dos amigos levantaron los brazos. La capitana llegó a la arena, dejó el remo y los abrazó al mismo tiempo.

"Aquí están."

"Aquí estamos."

La capitana los miró de arriba abajo. Tenían arena en los zapatos, plumas en el pelo y una olla llena de pan.



"Iba a rodar cuesta abajo. Ya está quieto."

El ave tocó la cáscara con el pico. Muy despacio. Luego recogió una rama del suelo y la colocó donde faltaba la otra. Acomodó dos más hasta que el huevo quedó bien protegido.

Nura le enseñó la bolsa que asomaba bajo la piedra. "Puedes quedártela. Pero los panes los necesitamos nosotros."



Simbad siguió mirando hacia el mar. Desde allí, los árboles les tapaban el mar. "Los árboles nos tapan el barco. Si pudiéramos mirar desde más arriba..."

Señaló el mar. El ave miró en aquella dirección. Después se agachó junto al suelo y dejó un ala extendida, como una gran rampa de plumas.

Simbad la miró. Miró a Nura. "No estará diciendo que..."

El ave se agachó un poquito más y esperó.

"Creo que sí."



Señaló una playa cercana, donde el agua estaba tranquila. El ave giró hacia ella, extendió las patas y se posó con un ruido blando de arena.

Nura se quedó sentada un momento. "¡Me encantó!"

"¿Quieres dar otra vuelta?"

"Dentro de unos quince almuerzos."

Bajaron por el ala. Simbad apoyó la mano entre las plumas del cuello. El ave acercó la cabeza y le revolvió el pelo con el pico cerrado.



Ahora sí. Debajo de la vela apareció el barco, y en la cubierta, Salma, con una mano en la campana y la otra saludando.

"¡Los estaba buscando por el agua! ¡Y vienen por el aire!"

"¡Llamamos a comer a todo un barco!"

El ave se acercó al barco. Salma levantó los brazos. Enseguida miró el tamaño de las alas, el tamaño de la cubierta... y volvió a mirar las alas.

"¡Aquí no cabes, amiga! ¡A la playa! ¡Voy con el bote!"



"Bueno. Pero yo voy en el asiento que no tenga cosquillas."

Subieron por el ala con cuidado. Las plumas grandes eran firmes bajo sus manos. En el lomo encontraron un hueco cálido, entre dos hileras de plumas suaves.

Simbad se sentó delante. Nura se acomodó detrás y sujetó la olla entre los dos. Los panes quedaron dentro, envueltos en el paño.

"Si vas a decir 'qué vista tan bonita', espera a que yo abra los ojos."



"Todavía estamos en el suelo."

"Estoy practicando."

El ave giró la cabeza para mirarlos. Simbad asintió. Nura abrazó la olla un poco más fuerte.

Una sacudida suave. Otra más.

Los pies del ave dejaron de tocar la tierra.

Ahora veían los árboles desde arriba. El nido se hacía cada vez más pequeño. Y el bote que habían dejado en la playa parecía un juguete.



Simbad sujetó el asa y levantó la olla apenas un poco, separándola de las plumas. Nura sostuvo el otro lado.

"Ahora."

Esperaron. El ave planeaba cada vez más bajo. Esta vez, entre el aire y las alas, llegó una respuesta.

"¡Salma!"

"¡Nos escuchó!"

Simbad señaló hacia el sonido. El ave giró. Entre la neblina apareció la punta de una vela.

"Otra vez."



"Espera... estaba ahí."

"Lo encontraremos."

El ave dio una gran vuelta sobre el agua. Simbad intentó llamar a la capitana, pero el viento se llevó su voz. "¡Salmaaa!"

"Espera. Tenemos nuestra campana."

Colocó la olla sobre sus piernas y la golpeó con el cucharón.

Nura miró la olla. Miró las plumas que la rodeaban. "Claro. ¡Te sentaste en una almohada!"



Nura abrió un ojo. "Ah."

Abrió el otro. "Ah, pero... ¡ah!"

"Ya sé."

El mar se extendía por todas partes. El ave planeaba sobre él sin mover las alas. Simbad notaba el aire fresco en la cara y el calor de las plumas bajo las piernas.

Nura aflojó los brazos. La tapa de la olla tembló un poco.

"Tú también estás viendo cosas, ¿verdad?"

"¿Me lo dices a mí?"



"A la olla. Es su primer vuelo."

Volaron al otro lado de la isla. Entre dos grandes rocas, el mar estaba tranquilo.

Y allí estaba el barco.

"¡Salma! ¡Estamos aquí arriba!"

Su voz se perdió en el aire. Salma estaba demasiado lejos para oírlo. Desde el cielo, Simbad vio cómo el barco avanzaba despacio junto a la costa. Seguían buscándolos.

Nura levantó el paño y lo agitó. Una racha se lo arrancó de los dedos. "¡Mi paño!"



El paño cayó dando vueltas. Simbad movió una mano como si pudiera alcanzarlo, pero se detuvo y volvió a sujetarse.

"Lo siento."

"Tenemos otro. Quédate aquí conmigo."

El ave giró hacia el barco. La neblina se había extendido por el agua. Ahora tapaba la vela y parte de la playa.

Simbad buscó el barco donde acababa de verlo.

Ya no estaba.

